

SAB Y EL JUEGO DE LAS MIRADAS

Rocío CHARQUES GÁMEZ

Université de Pau

RESUMEN

En este trabajo se realiza un análisis interpretativo de *Sab*, novela de Gertrudis Gómez Avellaneda, a través de la mirada de los personajes. La importancia de la mirada radica en el hecho de participar en la atmósfera de misterio que se crea en esta obra romántica y en la caracterización de los personajes principales, en concreto, de Teresa y *Sab*. Palabras clave: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Romanticismo, *Sab*, interpretación.

ABSTRACT

This article centres on the characters' look in Gertrudis Gómez de Avellaneda's novel *Sab*, to get a new interpretative analysis. In fact, this aspect takes part in the mystery atmosphere created in the novel and in the main characters' description, especially in Teresa and *Sab*.

Key words: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Romanticism, *Sab*, interpretation.

La primera novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Sab*, publicada primero en Madrid (1841) y después en La Habana (1883), constituye un ejemplo de novela romántica ambientada en el Trópico, que censura las desigualdades que sufren tanto los esclavos como las mujeres –como han comentado largamente los críticos de la autora¹– y esta situación desfavorable incide en la tra-

1. Por ejemplo, Sebold señala la «asociación ideológica entre la abolición de la esclavitud y la emancipación de la mujer» que se da en la novela (2002: 191). Véanse también los *Estudios sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda* (Rexach: 56). Idea recogida igualmente en las historias de la literatura, como se aprecia en la dirigida por Víctor García de la Concha y coordinada por Guillermo Carnero (1996: 723). Otros críticos valoran, sobre todo, el elemento romántico de la obra. Bravo-Villasante comenta al respecto que el «alegato abolicionista se reduce a un alegato pro sentimiento» (1986: 72). No todos los críticos

yectoria vital, inevitablemente trágica, de los personajes de la obra. En nuestra lectura de *Sab*, nos ha sorprendido el hincapié realizado sobre la mirada de los personajes, que sirve para definirlos, pues a través de ella se transparentan sus pensamientos o sentimientos. A su vez, este juego de miradas en el texto abre puertas a nuevas interpretaciones. La importancia de la mirada radica en el hecho de participar en la atmósfera de misterio que se crea en esta obra romántica y en la caracterización de los personajes principales, en concreto, de los personajes en los que la pluma de la autora ha recalado con mayor esmero, proporcionándonos unos tipos humanos complejos, unos seres con almas superiores. Los personajes de mayor complejidad, que presentan un abanico mayor en este «juego de las miradas» son, desde nuestro punto de vista, Sab y Teresa. Llevemos a cabo, a continuación, un breve resumen de la novela que permita comprender mejor la psicología de estos.

En esta novela de sentimientos se dibuja el tormento de Sab, enamorado de Carlota, a la que nunca podrá conquistar debido a su carácter de esclavo. Siendo hijo secreto de una princesa africana y de uno de los hermanos de don Carlos, padre de Carlota, Sab es acogido por este y criado junto a su hija. Aunque recibe un trato preferencial al que tienen los otros esclavos y puede obtener su libertad cuando quiera, percibe el abismo que lo separa de su amada y decide amarla en la sombra, enfermando y muriendo finalmente de amor. Para mayor sufrimiento, conoce pronto el interés material que mueve a Enrique Otway, el prometido de Carlota, a querer contraer matrimonio con ella: la promesa de un buen capital que salvará la empresa en quiebra de su padre.

El otro personaje que despierta nuestro interés es Teresa. Ella, al igual que Sab, es huérfana y sufre por otro amor secreto no correspondido: Enrique Otway. Pero cuando descubre la mezquindad de este, muda rápidamente su sentimiento, puesto que no es un hombre que merezca su amor. Sab le propone un plan para que ambos consigan ser amados por las personas que ellos quieren. Pese a esta estratagema, ella le persuade al advertirle que, a partir de entonces, no puede amar a Enrique una vez que ha descubierto sus intenciones deshonestas y, además, agrega que no pueden abrirle los ojos a Carlota si no quieren que muera víctima de una gran decepción.

A través de la mirada podemos llegar a indagar en los pensamientos de los personajes y esta sirve, muchas veces, para caracterizarlos. Por ejemplo, el momento de la narración en el que aparece Jorge Otway, el padre de Enrique, vemos cómo sus ojos delatan su auténtico ser, pues en ellos brilla la avaricia

consideran que lo principal en la novela sean las ideas abolicionistas. Es a mediados de los 80 cuando se estudia la obra desde la perspectiva de género, como en los trabajos de Susan Kirkpatrick, Evelyn Picón Garfield o Nara Araújo (Pastor: 90).

(Gómez de Avellaneda, 1970: 93). También mediante la mirada conocemos las turbaciones de los personajes y a través de ella estos buscan conocer la causa de estas preocupaciones en los demás. A su vez, los juegos de miradas, aparte de desenmascarar a los personajes ante la vista del lector o de otro personaje, cumplen el papel de autoconocimiento, como tendremos ocasión de explicar más adelante. Por estas razones nos parece pertinente analizar estas miradas que, sin duda, cumplen un papel primordial en *Sab*.

Comencemos con el papel caracterizador de la mirada. La voz narradora pone de relieve, en muchas ocasiones, la mirada del esclavo, mirada que delata su carácter y sus preocupaciones. A lo largo de la obra se recalca la fiera y fuerza del espíritu del mulato, quien posee una mirada feroz y violenta. Así leemos que tiene una mirada de «águila» (100), una mirada «imperiosa» (125). El principal obstáculo que impide que Sab pueda presentarse como pretendiente a Carlota es su condición de esclavo. Por eso, cuando maldice a la sociedad por romper la equidad que tienen todos los seres desde que nacen, un fuego siniestro se adivina en sus ojos (153). Esta violencia que padece es fruto, por tanto, de las circunstancias adversas que le marca la sociedad y que no le permiten realizarse, hecho que sucede también con Teresa, en este caso por ser de otra escala social, y que lleva a Sab a denunciar esta injusticia. Prácticamente todos los críticos de la obra han repetido el fragmento en que el protagonista masculino denuncia esto mismo y aquel en el que compara el destino funesto del esclavo con el de la mujer (en esta ocasión comparando su destino al de Carlota en la carta que le envía a Teresa al final de la narración).

Desde el primer momento en que conoce a Enrique Otway, Sab duda de sus buenas intenciones. La primera mirada desafiante que le lanza se sitúa en el capítulo que abre la novela, donde Enrique, impresionado por sus maneras y elocuencia, le pregunta si es un hacendado vecino y amigo de su futuro suegro, a lo que responde el mulato con una mirada penetrante (46), indagando en su interlocutor y bajando al punto la vista para responder que es un esclavo. La suspicacia de Sab va despertando hasta que adivina que su acompañante va a convertirse en el esposo de Carlota, momento en que «lanzaron sus ojos un resplandor siniestro, como la luz del relámpago que brilla entre las nubes oscuras» (50). Cuando Enrique confirma sus sospechas y se despide, sigue al viajero con su mirada hasta que llega a la puerta del ingenio de don Carlos. «Entonces clavó sus ojos en el cielo², dio un profundo gemido, y se

2. Este gesto demandando algo a Dios se repite en otras ocasiones. Por ejemplo, lo vemos en Carlota (71-72) cuando su prometido tiene que partir y teme por él debido a que se aproxima una tormenta. La misma imagen observamos cuando Sab muda de parecer para no matar a Enrique (79), donde aparece la idea de que un genio invisible lo lleva

dejó caer sobre un ribazo» (51). Final claramente dramático, propio de una pluma romántica, que deja clara la pasión del esclavo y el tono de la novela.

La mirada escrutadora de Sab, que conoce bien las intenciones de los Otway, se repite en el capítulo VII, donde se advierte, una vez más, la fuerza y violencia que atraviesa el espíritu del mulato, al descubrirse en ellos fuego³ (96). En esta parte de la novela, Jorge Otway queda abatido y furioso porque se entera de que no ha ganado la lotería. Entonces, un juego de miradas se cruza entre Sab y Enrique en las que se manifiestan sus sentimientos: alegría en el esclavo y reproche de Enrique a este por su felicidad oculta (97).

Hay otras miradas en el texto, aparte de la de Sab, que permiten leer los sentimientos de los personajes. Es el caso de Carlota, cuyas miradas se mueven al compás de su pasión amorosa por Enrique. Sentimientos, en muchos casos, extremos que delatan un espíritu romántico. Su amor hacia Enrique puede resumirse en una «mirada inefable» (116) que le lanza dándole las buenas noches tras confesarle que ella sería feliz con él sin necesidad de riquezas. Las dudas que asaltan al joven cuando tiene que decidirse entre casarse con Carlota por dinero o por amor, asoman en muchos pasajes y la muchacha tratará de descubrir la causa de las tribulaciones de su amado con miradas escrutadoras. Por ejemplo, se dice que los ojos de Otway tienen «una expresión particular de duda e indecisión» (70), pero muestra una máscara para que ella no se dé cuenta de cuál es su verdadero sentimiento: «su mirada fija y seca, como la de un cadáver, no revelaba nada de cuanto entonces ocupaba su pensamiento y agitaba su alma» (73). Es un instante aquel en que vemos la mirada indecisa del hijo de Enrique cuando observa cómo se aleja Carlota y pronuncia unas palabras creyendo estar solo. En cambio, queda petrificado cuando advierte que «dos ojos, como ascuas de fuego, habían brillado entre el verde oscuro de las hojas, flechando en él una mirada espantosa» (70), donde adivinamos en seguida la mirada del mulato. A esta situación, que aumenta el dramatismo del episodio, se suma la proximidad de una tormenta y la partida inminente

a cometer un crimen que, finalmente, su voluntad puede frenar (78). De nuevo, vemos este gesto, esta vez en Teresa, cuando declara a Sab que ambos son almas gemelas (169). A continuación, los dos miran al cielo agradeciendo ese momento que han compartido juntos, en el que han descubierto sus almas y se han reconocido hermanos (170). Así mira también al cielo Sab para hablar directamente con Dios, pidiéndole que acabe ya con su existencia y parece encontrar respuesta porque cree escuchar en su interior que le resta poco tiempo de vida (187), cayendo seguidamente sobre su caballo muerto, a la vez que brota sangre por su boca.

3. Este fuego también está presente al comienzo del capítulo VIII. En el capítulo III de la segunda parte, también lo encontramos cuando Sab quiere saber qué piensa Enrique cuando le entrega una carta de don Carlos.

de Enrique, al que Carlota dirige una mirada de ansiedad (72). En los ojos del otro pueden rastrearse sus pensamientos e incluso uno puede reconocerse. Esta misma situación se repite en otras ocasiones. Enrique desvía su vista de la de su prometida por miedo a que descubra su turbación por la resolución que tomará si averigua que no es dueña de una fortuna y esta busca la mirada de aquel para conocer qué pasa por su cabeza en ese momento (103).

En el capítulo V nos encontramos a Enrique y Sab de camino a Puerto Príncipe durante la tormenta. Carlota le ha pedido a Sab que acompañe a Otway para protegerlo durante el viaje. El narrador va presentando los pensamientos de los personajes: primero de Enrique, agitado por la resolución que ha de adoptar, y después de Sab, con «pensamientos más sombríos, más terribles» (7) que no se explican, pero que se sobreentienden cuando –advértase el recurso dramático de la tormenta– a la luz de los relámpagos «veíanse sus ojos fijos [...] en su compañero, como si quisiera registrar con ellos los senos más recónditos de su corazón» (7). Llegamos al punto álgido de la violencia de la mirada del esclavo cuando su acompañante sufre un accidente a causa de la caída de un relámpago en un árbol. Entonces se despierta el lado siniestro de Sab representado por su mirada, ya que en este instante el mulato desea vengarse de su contrincante:

Encontró al pobre Otway pálido, sin sentido, magullado el rostro y cubierto de sangre, y quedóse de pie delante de él, inmóvil y como petrificado. Sin embargo, sombrío y siniestro, como los fuegos de la tempestad, era el brillo que despedían en aquel momento sus pupilas de azabache, y sin el ruido de los vientos y de los truenos hubiéranse oído los latidos de su corazón (77).

Pero la conciencia del mulato le hace mudar de parecer. A continuación, cambia el escenario al encontrarnos, al día siguiente, en la habitación de Carlota, cuyos ojos y rostro reflejan el llanto de la noche. Su mirada se tiende hacia el camino tomado por el amante reflejando «melancolía y fatiga» (79). La visión del caballo solitario de Enrique en el camino, provoca que la hija de don Carlos se desmaye tras demudar su rostro y mostrar sus ojos «una expresión más notable de zozobra y agonía» (79). Todo este episodio, en el que Sab aparece y comunica la situación del amante, se acompaña de las miradas de preocupación, en un primer momento, y de alegría de Carlota, tras saber que Enrique está a salvo (80). Hay otra mirada escrutadora por parte de la joven, que trata de descubrir qué tipo de emoción embarga a Sab cuando este besa su mano al ofrecerle ella su libertad como premio por salvar a su prometido. Por tanto, en el juego de ocultamiento de los sentimientos entra también Sab, que disimula esta emoción detrás de una mirada «triste y tranquila» (81).

Dirijamos ahora nuestra vista al otro personaje que cumple un papel primordial en la novela: Teresa. La complejidad de esta se dibuja a lo largo del relato con pinceladas breves pero eficaces. Sus miradas también revelan lo intrincado de su personalidad y es de notar los paralelismos trazados entre este personaje, Sab y Carlota. De hecho, en el capítulo V que acabamos de comentar, Carlota duerme plácidamente una vez que conoce el paradero seguro de su futuro esposo, y vemos cómo brota una lágrima de los ojos de Teresa. En realidad, la frialdad que transmite este personaje es un escudo que oculta la verdadera sensibilidad de Teresa, que se muestra así por los embates que ha sufrido en su vida. Es relevante el final de este capítulo debido a que hay una mirada que hace patente el dolor que ella siente cuando se compara con su prima. Ambas tienen la misma edad, pero Teresa pronto advierte las diferencias que las separan: Carlota ha vivido rodeada de amor, es amada por todos, y además posee una belleza embriagadora mientras que ella carece de todo esto. Se cierra el episodio cuando Teresa se mira al espejo, en el que percibe la gran distancia que hay entre ambas. Este mirarse al espejo supone un momento de autoconocimiento y de comparación con el otro llamativo, que se repite en otras partes de la narración. Los paralelismos entre Teresa y los otros dos personajes (Carlota y Sab) cumplen, por tanto, una función en la novela.

Este juego paralelístico de los espejos asoma también en el capítulo VIII. Al regreso de Sab y Enrique, el pretendiente y la familia entran alegres a la casa, mientras el esclavo y Teresa quedan mirándose fuera. Ambos están inmovilizados de pie, uno frente al otro, como en un espejo en el que se reconocen. Una vez más, dos ideas clave que estamos repitiendo en nuestro análisis: el autoconocimiento a través de la mirada del otro y el juego de los espejos. Los dos personajes juegan el mismo papel en la obra: aman en silencio, sin poder disfrutar del amor bien por su situación social (Sab es un esclavo) o económica (Teresa no posee un capital que interese a Otway). Baste citar el siguiente fragmento para ilustrar lo que acabamos de anotar: «Ambos se miraron y ambos se estremecieron, porque como en un espejo había visto cada uno de ellos en la mirada del otro la dolorosa pasión que en aquel momento los dominaba» (101).

Otro pasaje que destaca por resaltar las diferencias entre Teresa y su prima se localiza en el episodio en el que los personajes van a la casa de la india Martina, que ha de adivinar quién es la hija de don Carlos. Lo consigue al punto simplemente observando la mirada de Carlota. El paralelismo y contraste entre personajes vuelve a poner en evidencia la distancia entre las jóvenes. En este episodio se descubre, a su vez, un «juego» interpretativo con respecto a la huérfana, juego que se establece entre el narrador y Sab, pero también entre

el narrador y el lector. Teresa es la primera en percibir la presencia del pobre y enfermo nieto de Martina, lo que demuestra que su insensibilidad es solo superficial. Pero inmediatamente la voz narradora nos cierra las puertas a esta interpretación, pues cuando Martina relata la historia de sus desgracias y la ayuda que le concede Sab, ella «manteníase algo desviada y como distraída» (126). Y continúa relatando que todos se enternecían al escuchar lo ocurrido, pero «Teresa verosímilmente no atendía a lo que se hablaba, entretenida al parecer en limpiar con su pañuelo un pedazo de piedra muy hermosa, que había cogido en las grutas» (127). Hay un momento de la narración de la anciana en que Enrique también se desvía de la historia para centrarse, como Teresa, en el brillo de la piedra de esta, mientras en la escena va creciendo el patetismo y las lágrimas parecen saltar de los ojos de quienes la presencian. Únicamente Teresa –remarca entre exclamaciones el narrador– «aquella criatura singular se había alejado fríamente del cuadro patético que se presentaba a sus miradas» (130). No obstante, esta frialdad parece ponerse en duda más adelante, ya que se observa una contradicción entre lo que advierte Sab y la voz narradora: «Sab creyó al mirarla que tenía los ojos humedecidos; pero sin duda era una ilusión porque el rostro de Teresa no revelaba ninguna especie de emoción» (130). Toda esta imagen de insensibilidad cae estrepitosamente cuando al final del capítulo, Luis, el nieto de Martina, le entrega a Sab un brazalete realizado con cabellos y un broche con un retrato de Carlota de parte de la huérfana en compensación por haber salvado dos veces a Otway. Así pues, este episodio descubre la sensibilidad de Teresa, que ha conocido la pasión encubierta del esclavo y su generosidad por ayudar a su rival.

Cuando Sab se confiesa a Teresa contándole su historia de amor desdichado, ambos lloran al mismo tiempo (154-155), estableciéndose, otra vez, un paralelismo entre estos dos personajes que se comprenden y sufren en silencio⁴. La envidia de Teresa hacia Carlota no se debe, a partir de esta confesión, a la belleza y amor de Enrique, sino a la pasión que ha hecho brotar en Sab: «Parecióle también que ella era capaz de amar del mismo modo y que un corazón como el de Sab era aquel que el suyo necesitaba» (157).

La imagen fría de Teresa se desmorona más adelante en su cita secreta con Sab. La belleza de su alma asoma cuando los dos se descubren sus sentimientos. Advierte la discriminación y el futuro que les impone la sociedad,

4. Russell P. Sebold ha documentado este pasaje para ilustrar su trabajo sobre el recurso de la lágrima única en los románticos decimonónicos. Este es un recurso para manifestar el pesar romántico (2002b: 7). Otro ejemplo no citado en este artículo sería el de la lágrima de Teresa al compararse con su prima en el capítulo V (pasaje analizado con anterioridad).

reconociéndose, así, en el otro, en Sab. Rompiendo con todos los prejuicios sociales, le declara querer convertirse en su compañera vital: «yo soy esa mujer que me confío a ti; ambos somos huérfanos y desgraciados..., aislados estamos los dos sobre la tierra y necesitamos igualmente compasión, amor y felicidad [...] ¡Yo seré tu amiga, tu compañera, tu hermana!» (169). Esta conversación en la que los dos espíritus se reconfortan para luego volver a ser conscientes de su desgracia futura, acaba al alba. Las miradas demenciales de Sab asoman al final del encuentro y el tormento del esclavo se hace, a su vez, físico como vemos cuando los esclavos le encuentran echando sangre por la boca. Sus ojos revelan «una determinación violenta y decidida» (176), y al reconocer que su amor nunca será correspondido y que su amada se casará con un hombre que no la merece, declara que morirá.

El capítulo en que el mulato fallece está lleno de señales que lo anuncian, aunque ya anteriormente aparece una de ellas al morir su caballo e intuimos su triste final por los signos que delatan la enfermedad. El capítulo al que nos referimos (capítulo IV, segunda parte) se abre con un ladrido de perros y con la imagen moribunda de Luis, el nieto de Martina, con quien el protagonista compartirá el lecho de muerte. En esta ocasión, se presenta un nuevo paralelismo con el final trágico y conjunto de ambos personajes, en el que además hay un significativo cruce de miradas: «su mirada delirante y ardiente [la de Sab] se encontró allí con la mirada vidriada e inmóvil del moribundo» (198).

Transcurridos dos años de la boda entre Carlota y Enrique, que coincide con varias desgracias (la muerte de Sab y del hermano de Carlota, huida de Teresa a un convento), vemos el giro que ha tomado la vida de los dos personajes femeninos. Como ha sucedido en otros momentos del relato, aparece una comparación que las enfrenta y contrapone, pero esta vez Teresa ha alcanzado la felicidad, al dominar «su destino y sus pasiones» (212) y saber resignarse, mientras que Carlota es infeliz al tener que llevar una vida contraria a las aspiraciones de su alma poética. Asimismo, la carta que Sab escribe a Teresa la noche de su muerte establece un nuevo paralelismo entre él y la huérfana. En ella, él confiesa que carece de su fuerza. Efectivamente, mientras que ella se levanta tras el sufrimiento y sacrificio, él cae destrozado y agrega: «es que vos tenéis el valor de la resistencia y yo la energía de la actividad; es que a vos os sostiene la razón y a mí me devora el sentimiento. Vuestro corazón es del más puro oro, el mío es de fango» (222). En esta carta es donde se encierra la comparación que Sab establece entre el triste sino del esclavo y el de la mujer, pero puntualiza que ésta sale perdiendo porque mientras que

el esclavo puede cambiar de dueño o comprar su libertad, la mujer la pierde definitivamente cuando contrae matrimonio⁵.

Este interés en la mirada, este «juego» de las miradas, resalta enormemente en la novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Su función como caracterizadora de personajes y como recurso dramático elegido para los momentos álgidos de la acción se ha patentizado a lo largo de nuestra exposición. Se recurre a su empleo sobre todo en la presentación de los personajes principales, adquiriendo especial relevancia en los pasajes en los que intervienen Sab y Teresa. Entre ellos y Carlota se establecen juegos paralelísticos y de contraste que se exponen, en muchos casos, a través de este juego de la mirada. Relacionada con todas estas ideas se encuentra también la de la mirada en el espejo, forma de autoconocimiento que brinda, junto a los demás recursos, sugestivas vías de interpretación de este texto.

BIBLIOGRAFÍA

- BRAVO VILLASANTE, Carmen, «Introducción», en Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Sab*, Salamanca, Anaya, 1970, pp. 7-35.
- *Una vida romántica: La Avellaneda*, Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1986.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor, *Historia de la literatura española. Siglo XIX*, coordinado por Guillermo Carnero, Madrid, Espasa Calpe, 1996.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis, *Sab*, edición, prólogo y notas de Carmen Bravo Villasante, Salamanca, Anaya, 1970.
- PASTOR, Brígida, «Discurso de marginación híbrida: Género y esclavitud en *Sab*», en *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: Identidad femenina y otredad*, Cuadernos de América sin nombre, 2002, n° 6, pp. 87-116.
- PICÓN GARFIELD, Evelyn, *Poder y sexualidad: El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Amsterdam, Rodopi, 1993.
- REXACH, Rosario, *Estudios sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda. (La reina mora del Camagüey)*, Madrid, Ed. Verbum, 1996.
- SEBOLD, Russell P., «Esclavos y almas sensibles en *Sab*, de la Avellaneda», en *La novela romántica en España. Entre libro de caballerías y novela moderna*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 2002, pp. 181-194.

5. «¡Oh, las mujeres! ¡Pobres y ciegas víctimas! Como los esclavos, ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otra guía que su corazón ignorante y crédulo eligen un dueño para toda la vida. El esclavo al menos, puede cambiar de amo, puede esperar que juntando oro comprará algún día su libertad; pero la mujer, cuando levanta sus manos enflaquecidas y su frente ultrajada, para pedir libertad oye al monstruo de voz sepulcral que le grita en la tumba [...]. Es la (voz) de los fuertes que dice a los débiles: obediencia, humildad, resignación... esa es la virtud».

- «*Una lágrima, pero una lágrima sola. Sobre el llanto romántico*», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002b.

Fecha de recepción: 12/04/2010

Fecha de aceptación: 07/05/2010